

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

### *Arte del buen explicador de panoramas\**

A raíz de la publicación de este libro dí un paseo con su autor por las colinas del caótico paisaje que rodea la Universidad Autónoma de Madrid, charlando sobre su contenido entre restos de encinas y autovías en obras. Es necesario *ver* este libro, porque son las imágenes comentadas de Madrid su hilo conductor: perspectivas generales, conjuntos paisajísticos, detalles seleccionados en un sistema de representaciones y descripciones que recorren ordenadamente todos los espacios. O, si no, caminar directamente con el autor por los lugares tratados. Más que reseñar libro tan visual, prefiero transcribir aquí algunas de las divagaciones que surgieron en la caminata con el autor, siempre aventurada como todas las que transcurren con geógrafos por terrenos periurbanos.

Los elementos básicos del territorio provincial-autonómico de Madrid casi se dominan desde esos oteros: es un espacio sencillo y contrastado: sierra, llano y ciudad. Al estar sus pobladores, venidos de todas partes (incluso de Madrid...), exentos hoy en líneas generales de pretensiones autoafirmativas castizas, con conciencia de no ser sino una porción de un algo regional mayor —aunque difuso— que su extensión entre el Guadarrama y el Tajo, podría parecer que este espacio concedido a la Comunidad de Madrid, posee una personalidad poco definida. Sin embargo, a quien lo habita se le aparece como un lugar con entidad cada vez más fuerte, al ser relativamente amplio, estar abundantemente poblado y poseer un dinamismo acelerado. Es

decir, pese a su apariencia poco rotunda, el territorio madrileño, no sólo la ciudad, posee sin duda un peso geográfico propio considerable o, al menos, más considerable del que se le suele comparativamente conceder, como si no tuviera ni suelo ni pueblo ni pasado propio.

Pero, con este territorio prestado, con esa potencia urbana, con su función política más extensa que sí misma ¿es ésta una comunidad más, incluso una «región»? Parece que no: habitamos los «madrileños» —casi todos somos aquí adoptados— probablemente sobre la única entidad territorial española constitutivamente desarraigada, por lo que esta cuestión no tiene más interés que el de un planteamiento de escolástica geográfica. Nos surgía esta pregunta porque en poco tiempo han aparecido tres contribuciones geográficas<sup>1</sup> al conjunto territorial de Madrid, que —por efecto de la práctica administrativa y de todas las que acompañan a ésta— tal vez indican una progresiva cristalización de esa entidad espacial, desprovista en principio de los etnocentrismos o de los ensueños de trascendencia regionalista habituales.

Comentaba entonces yo a Francisco Alonso que unas anécdotas contadas por Corpus Barga servirían quizá para definir simbólicamente en dos equívocos algo de la sustancia de la *ciudad* de Madrid. La primera de ellas se refiere a un viejecito que vendía azafrán en

\* ALONSO, Francisco: *Gran libro de la Comunidad de Madrid*. Madrid, Salvat, 2000, 319 págs.

<sup>1</sup> La primera, en equipo, con algunas aportaciones de geógrafos pero con otro objeto (GARCÍA DELGADO, J. L. (Dir.): *Estructura económica de Madrid*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1999, 1.016 págs.). La segunda, también en equipo, pero enteramente geográfica (GÓMEZ MENDOZA, J. (Dir.): *Los paisajes de Madrid: naturaleza y medio rural*. Alianza y Caja Madrid, 1999, 303 págs.), que reseñé ya en otra parte. Y la tercera, individual, incluso personal, es la que ahora comentamos.

el mercado de la calle de Santa Isabel, pregonándolo con un canto repetido: «Azafrán de La Mancha, azafrán manchego». Se acercó el escritor al vendedor y vio que la caja que contenía la mercancía era realmente de marca francesa. Podría generalizar que lo que aquí, para sumarse al juego, se proclama autóctono, puede que tenga en numerosos casos caja de importación. El segundo equívoco se refiere a la singular denominación de la Plaza de Oriente que es, en realidad, la más occidental del casco de la ciudad. Sin duda es la oriental al Palacio Real, lo que me hace imaginar que ese nombre simboliza un Madrid invisible, más centrado con frecuencia por la función política que por su red material de casas y calles.

En el otro polo paisajístico de la comunidad, podría decirse que los espacios naturales de la *sierra* están más cargados aun de significados culturales urbanos que de pinares. Es la sierra de los naturalistas, de los pedagogos, de los poetas, de los pintores. Pero no deja de ser sobre todo la montaña bravía, peñascosa, boscosa, borrascosa, de uñas de piedra que liman los torrentes, de canchales donde canta el viento: más allá de su vista desde las ventanas de Madrid, desde las ventanillas del tren a Segovia, la sierra es, en sí misma, el inmediato reino del frío, la nieve, el agua, el prado y la madera. Creo que reflejan de modo particularmente expresivo el poder magnífico de la naturaleza de nuestra modesta Sierra de Guadarrama las vicisitudes que pasó Napoleón con su ejército para atravesarla. Cuenta el barón de Marbot en sus memorias cómo la ventisca que azotaba la ladera paró a los mariscales a mitad de la ascensión al puerto, de tal modo que si Napoleón pudo continuar fue gracias a que montó a horcajadas en un cañón, al frente de una columna vapuleada por el vendaval que parecía un «grotesco cortejo». Tenemos, pues, una sierra humilde que casi venció al Emperador. Comentaba con acierto Madoz el relato de este suceso, añadiendo que de

«las nieves y ventiscas del Guadarrama, sólo las del año 1808 pudieron detener emperadores y ejércitos. Las de otros años, en vez de detener emperadores, no han detenido más que arrieros».

Pero ahí siguen las celliscas.

Finalmente, los *llanos*. Hay un comentario terrible de Juan Ramón Jiménez, que no deja de tener cierta razón: «¡Pobre campo de Madrid, todo y sólo pies, sin Guadarrama!». En un poema titulado *Madrid*, Enrique de Mesa escribía: «afueras de Madrid: estercoleros; / medianerías rojas; / trozos de sembradura con senderos; / de vez en vez, un álamo sin hojas». Paisajes periurba-

nos de merenderos y gallinejas, colinas donde sólo hay luz, dirá Barga, «mal olor y bello color». La ciudad ha ido tragándose sus sucesivos extrarradios y periferias, pero aún hay abundante campo. Tal vez ha sido Baroja quien ha hecho las descripciones más implacables de los campos madrileños, severos y tristes. En una de sus novelas un personaje camina por la llanura desolada, cruza pueblos solitarios, pasa entre viñas polvorientas, ve, entre las colinas áridas y yermas, las copas aisladas de unos arbolillos negruzcos recortadas en el cielo; cerca de Colmenar se cruza al fin con un hombre que cabalga un borriquito y le pregunta: «¿Este es el camino de Manzanares?». El hombre da un taconazo al asno y echa a correr y, sólo cuando ya está lejos, se vuelve y grita: «¡Sí!».

Al final de estos coloquios, habiendo alcanzado un cerro con encinas, se abrió ante nosotros un extenso panorama dominado por tierras pardas, montes grises y sierras pandas, laderas continuas con nieve abundante de este encapotado invierno hasta los melojares de sus bases. El autor del libro comenzó a describir el panorama girando de norte a sur, lentamente, con arte de narrador, dominando el estilo de aquellos verdaderos geógrafos, en acelerada fase de extinción, explicadores de paisajes. La obra quedó sintetizada ante el modelo. Alguien debería crear el oficio de explicador de panoramas y nombrar a Francisco Alonso su oficial mayor. Tienen la oportunidad de probarlo leyendo los fundados escritos de este espectacular libro y mirando su abundante aportación gráfica, lo que puede sustituir la presencia directa del autor y del territorio, paso a paso, rincón a rincón: los santuarios silenciosos de la sierra, los horizontes agrarios de campiñas, vegas y páramos y la ciudad varada en el campo, que ha cambiado sus tópicos castizos de antaño por el más realista plato de lentejas del trasiego. Oyendo, leyendo al geógrafo, en un solo giro, en un solo libro se abarca este espacio de Madrid, escenario ya de muchas vidas, de sierras, peanas, páramos, campiñas, colinas, riberas. Y los volúmenes de esta gran ciudad con un centro antiguo tan poco monumental, un casco tan envejecido, un ensanche de tan escasa personalidad, ese Madrid de las postales y el de los suburbios y arrabales integrados, el Madrid del franquismo y el de los negocios, su orla de barrios populares, de ácido cinturón periurbano y de núcleos acotados elegantes, la monótona aureola de chalets adosados, los espacios empresariales, ciudades satélites, pueblos transformados, aldeas capturadas en la galaxia, urbanizaciones que trepan imparables por la faldas de la montaña.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN